

Milgram, Humphreys y Zimbardo: tres casos clásicos de ética de la investigación social

María Florencia Santi
mariaforsanti@gmail.com
florencia.santi@conicet.gov.ar
<https://orcid.org/0000-0003-4269-9887>

Profesora y Doctora en Filosofía (UBA). Magíster en Ciencia Política y Sociología (FLACSO). Investigadora Asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Profesora Asociada de la Universidad Nacional de Entre Ríos, Facultad de Ciencias de la Salud y Profesora Adjunta de la Universidad Nacional de La Matanza, Departamento de Ciencias de la Salud.

Resumen: El propósito de este artículo es dar cuenta de los inicios de la reflexión de los aspectos éticos de las investigaciones sociales, y analizar en profundidad tres casos clásicos: el experimento de obediencia a la autoridad de Milgram; el *tearoom trade* de Humphreys y el experimento de la prisión de Zimbardo. Se analizarán las principales cuestiones éticas que los casos plantean atendiendo especialmente a la ocurrencia de daños a los participantes. A la luz de estos casos se argumentará en pos de la importancia de considerar las cuestiones éticas que se manifiestan en las investigaciones sociales.

Palabras claves: casos clásicos - ética - investigación - ciencias sociales - daño

Abstract: The purpose of this article is to give an account of the beginnings of reflection on the ethical issues of social research, and to analyze in depth three classic cases: Milgram's experiment of obedience to authority; the Humphreys tearoom trade and the Zimbardo prison experiment. The main ethical issues that the cases raise will be analyzed, paying particular attention to the occurrence of harm to the participants. Finally, an argument will be made for the importance of considering the ethical issues that arise in social research.

1. Ética de la investigación en ciencias sociales: los inicios

...“[D]ebemos explorar un término medio que respete la libertad y curiosidad científicas, pero que minimice el posible riesgo de daño” Sieber y Tolich, 2013.

A finales de 1960 y comienzos de 1970 se conjugan diversos acontecimientos que dan como resultado un creciente interés en las cuestiones éticas de las investigaciones de las ciencias sociales¹. El primero de ellos es el surgimiento de un área de estudio novedosa en el área de la psicolo-

¹Bajo la denominación de sociales hago referencia a las investigaciones de las ciencias humanas, sociales y de la conducta. Opto por ciencias sociales para simplificar la presentación del tema y siguiendo a la literatura sobre este.

gía social dedicada a examinar a la investigación como un proceso social². Se buscaba analizar la propia dinámica de la investigación y los factores que podían afectar positiva y negativamente este proceso. Con este fin se llevaron a cabo diversos experimentos de laboratorio para identificar los elementos y circunstancias que podían influir en las respuestas que daban los participantes. Se exploraban distintas opciones, entre ellas, si la predisposición para *colaborar con la investigación* o la iniciativa de ser un *buen participante*, por parte del sujeto, tenía alguna influencia en las respuestas dadas por este. Así también se analizaba la información que era brindada por parte del equipo de investigadores a las/os participantes y la forma en la que era presentada esta información. A través de estos experimentos de laboratorio se buscaba determinar la validez de las investigaciones y las injerencias que podían atentar contra ella o propiciar su desarrollo. Si bien el objetivo de estos experimentos era comprender la investigación como proceso social propiamente dicho, en ellos se contemplaban cuestiones éticas de gran relevancia como la cantidad y el tipo de información que debe brindarse a un participante, y la importancia del contexto social donde se realiza la investigación en relación con el comportamiento autónomo de este (Santi, 2016, p. 32).

Un segundo acontecimiento que favoreció la visibilización de los problemas éticos implicados en las investigaciones de las ciencias sociales fue la divulgación pública de varios casos éticamente controvertidos³ (Kimmel, 2007, pp. 15-18; 104-105; Levine y Skedsvold, 2008, pp. 337-338). Los casos son tres: los experimentos sobre la obediencia a la autoridad de Stanley Milgram, la investigación llevada a cabo por Laud Humphreys -conocida como *tearoom trade*- y el experimento de la prisión de Philip Zimbardo. Tal fue el impacto que causaron estos casos en ámbitos académicos como fuera de ellos que dieron lugar a la redacción de los primeros códigos de ética dedicados a la investigación de varias disciplinas sociales.

Hacia finales de 1960 y comienzos de 1970 las asociaciones norteamericanas de psicólogos, politólogos, sociólogos y antropólogos crearon sus respectivos códigos y guías de ética⁴. En 1966 la Asociación Psicológica Americana adoptó su primer código centrado en la investigación denominado “Principios éticos para guiar la investigación con seres humanos”. En 1968 la Asociación Americana de Ciencia Política creó su primera guía titulada “Problemas éticos de académicos y politólogos”. En 1969 la Asociación Sociológica Americana aprueba su primer “Código de

ética”. Por último, en 1972 la Asociación Antropológica Americana adoptó su primera guía: “Principios de responsabilidad profesional”. Estos códigos y guías han sido actualizados a lo largo de los años⁵ (Levine y Skedsvold, 2008, p. 338; Santi, 2016, pp. 33-34).

El tercer factor que impulsó el interés en los aspectos éticos de las investigaciones sociales fue la inclusión de estas disciplinas en la regulación federal que guiaba las investigaciones con seres humanos. La primera referencia a la investigación en ciencias sociales es de 1966 (Beauchamp et al., 1982, p. 5). El Servicio de Salud Pública de los Estados Unidos [*Public Health Service*, PHS] afirmaba:

[E]xiste un amplio rango de investigaciones sociales y del comportamiento que no implican un riesgo personal para los participantes. En estas circunstancias, sin importar *si la investigación es clasificada como investigación del comportamiento, social, médica u otra*, las consideraciones a tener en cuenta son: *la naturaleza completamente voluntaria de la participación del sujeto*, el mantenimiento de *la confidencialidad de la información obtenida de la persona*, y *la protección del sujeto por un uso inadecuado de los resultados de la investigación* (U. S. Public Health Service. PPP # 129, February 8, 1966)⁶.

Este fragmento deja bien en claro que lo relevante no es el tipo de investigación de que se trate sino que lo importante es asegurar la participación voluntaria del sujeto, la confidencialidad de la información y el correcto uso de los resultados obtenidos con el fin de proteger a los participantes. Unos años más tarde se avanzaba sobre la consideración de los riesgos y posibles daños implicados en las investigaciones. Una guía elaborada en 1971 por el Departamento de Salud, Educación y Bienestar [*Department of Health, Education and Welfare*, DHEW] abordaba el tema de los daños y señalaba explícitamente que las investigaciones sociales y del comportamiento podían generar daños, más allá de los físicos, en los participantes (Levine y Skedsvold, 2008, p. 339).

Finalmente, la creación de la Comisión Nacional para la Protección de Sujetos Humanos de Investigación Biomédica y del Comportamiento contribuyó a la reflexión de las cuestiones éticas de las investigaciones sociales⁷. En 1974 luego de que se hiciera pública la investigación sobre sífilis realizada con población afroame-

²Sigo a Levine y Skedsvold (2008, pp.: 337-340) para dar cuenta de la historia de la ética de la investigación en ciencias sociales cuyos inicios se dan en Norteamérica. Una primera versión de esta breve historia fue esbozada en Santi (2012) y profundizada en Santi (2016).

³Los casos serán desarrollados en profundidad en los próximos apartados.

⁴En 1953 la Asociación Psicológica Americana creó su primer código de ética, pero dicho código estaba dedicado casi exclusivamente a la relación psicólogo-paciente y no abordaba consideraciones éticas en relación con la investigación en psicología.

⁵Ver Levine y Skedsvold, 2008, p. 338).

⁶“[T]here is a large range of social and behavioral research in which no personal risk to the subject is involved. In these circumstances, regardless of whether the investigation is classified as behavioral, social, medical, or other, the issues of concern are the fully voluntary nature of the participation of the subject, the maintenance of confidentiality of information obtained from the subject, and the protection of the subject from misuse of the findings...”. Citado en Levine y Skedsvold, 2008, p. 339. La traducción es mía. Énfasis añadido.

⁷Levine y Skedsvold, 2008, p. 339.

ricana se crea dicha Comisión con la tarea de establecer los principios éticos que debían guiar las investigaciones con seres humanos⁸. La Comisión funcionó entre 1974-1978. En 1979 se publicó el *Informe Belmont*, elaborado por dicha Comisión, en donde se establecieron un conjunto de principios éticos guía: el respeto a las personas, la beneficencia y la justicia⁹. Si bien la participación de científicas/os sociales fue minoritaria en esta Comisión se plantearon diversos problemas éticos concernientes a estas disciplinas. Por último, a comienzos de 1980 se publicaron varios libros dedicadas específicamente a la ética de la investigación en ciencias sociales¹⁰.

Esta breve reseña muestra los inicios de la ética de la investigación social que tuvieron lugar primeramente en Norteamérica. Desde entonces se ha ampliado y diversificado el análisis de las cuestiones éticas en ciencias sociales pero este proceso siempre fue y continúa siendo un campo en disputa (Santi, 2016). En lo que sigue se analizarán los casos que mayor resonancia ha tenido la investigación social y que los ha convertidos en los casos clásicos de estas disciplinas.

2. Obediencia, “desviación” y sadismo en tres casos clásicos de investigación social

“[L]a buena ética siempre está inmersa en la desordenada realidad de los casos”
Arras, 2017.

Los tres casos clásicos de investigación social que se reconstruyen a continuación comparten una característica central: su repercusión pública debido a lo sorprendente de sus hallazgos y debido a la forma y estrategias de investigación que utilizaron para llegar a estos resultados. Los casos generaron gran controversia en relación a los aspectos éticos tanto en ámbitos académicos como fuera de ellos. Se cuestionaron los procedimientos utilizados, el uso del engaño, la observación encubierta, la relevancia misma de las investigaciones y los posibles daños que pudieron haber generado.

Stanley Milgram estudió la obediencia a la autoridad a través de un experimento de laboratorio; Laud Humphreys observó comportamientos sexuales “desviados” en los baños públicos de los parques; y Philip Zimbardo investigó la dinámica entre “guardias y prisioneros” en una prisión simulada.

Los casos tuvieron lugar entre en 1961 y 1971 en Norteamérica y estuvieron vinculados a instituciones universitarias o realizadas con su aval. El primer experimento de Milgram (luego lo replicó en numerosas ocasiones) lo realizó en 1961 en la Universidad de Yale. La investigación de Humphreys tuvo lugar entre los años 1965 y 1968 con el aval de la Universidad de Washington y constituyó su tesis de posgrado. El experimento de la prisión se realizó en 1971 en la Universidad de Stanford por eso es denominado y conocido como *The Stanford Prison Experiment* (SPE).

Cuando Milgram y Humphreys realizaron sus investigaciones no existían lineamientos éticos formales para la protección de los sujetos humanos participantes. En el caso de Zimbardo estos lineamientos y el surgimiento de los comités de ética eran incipientes (Sieber y Tolich, 2013, p. 53). Paradójicamente los tres investigadores contemplaron varias cuestiones éticas de gran relevancia e incluso literalmente inventaron alguna de ellas. No obstante esto, generaron y generan aun gran controversia ética sus investigaciones.

Milgram y Zimbardo eran de formación psicólogos, dedicados a la psicología social, una disciplina cuyo objetivo es estudiar la forma en que nuestros pensamientos, sentimientos y comportamiento se ven afectados, directa o indirectamente, por otras personas (Blass, 2004, p. XVIII). Humphreys era sociólogo disciplina dedicada al estudio de las sociedades humanas y de los fenómenos que ocurren en ellas.

Milgram, Humphreys y Zimbardo comparten el hecho de haber estudiado varones considerados “normales”, de clase media y haber mostrado que en ciertas circunstancias estos varones se comportan de formas absolutamente inesperadas y de formas en las que ellos mismos no estarían dispuestos a admitir abiertamente (Sieber y Tolich, 2013, p. 48). Los casos ponen de manifiesto tres hallazgos singulares en los que varones “normales” de clase media pueden:

1. Comportarse tan obedientemente de manera tal de infligir descargas eléctricas a otra persona siguiendo las órdenes de una autoridad.

⁸Esta Comisión fue creada por el Acta Nacional de Investigación [National Research Act] luego de que se hiciera público uno de los casos más controvertidos de Estados Unidos: el caso Tuskegee. Con fondos del estado se estudió durante cuarenta años (1932-1972) el curso natural de la sífilis con población afroamericana de bajos recursos; se les ocultó a los participantes el propósito real del estudio y se les negó tratamiento cuando este estuvo disponible (a partir de la década de 1950 se comenzó a administrar penicilina como tratamiento indicado para la sífilis). National Research Act, versión electrónica disponible en: <http://history.nih.gov/research/downloads/PL93-348.pdf> [último acceso: 4 de octubre de 2022].

⁹Comisión Nacional para la Protección de Sujetos Humanos de Investigación Biomédica y de Comportamiento (1979).

¹⁰Hay varias obras que ya son clásicas en el debate acerca de la ética de la investigación social: Beauchamp, T. et al. (eds.) (1982). *Ethical Issues in Social Science Research*. Baltimore: Johns Hopkins University Press; Sieber, J., (ed.) (1982a). *The Ethics of Social Research: Surveys and Experiments*. New York: Springer-Verlag; Sieber J., (ed.) (1982b). *The Ethics of Social Research: Fieldwork, Regulation, and Publication*. New York: Springer-Verlag y Reynolds, P. D. (1979). *Ethical Dilemmas and the Social Sciences Research*. San Francisco: Jossey-Bass. Una obra considerada pionera en estos temas es la de Kelman, H. (1968). *A Time to Speak*. San Francisco: Jossey-Bass.

2. Comportarse “desviadamente” (sic) buscando gratificación sexual rápida con otros varones en los baños públicos de los parques.
3. Comportarse de forma creativamente sádica hacia otros seres humanos siguiendo los roles impuestos de guardias y respondiendo al contexto y las reglas en la que están insertos.

Cabe preguntarse si los investigadores deberían haber llevado a cabo estas investigaciones e *inducir* a las personas a comportarse obedientemente (Milgram); observar los actos sexuales sin informar a los participantes que esta observación formaba parte de una investigación (Humphreys); o crear las condiciones para que los jóvenes en sus roles de “guardias” se comporten de forma sádica con sus pares (Zimbardo).

A continuación se desarrollará cada caso por separado y se señalarán las cuestiones éticas e hitos más relevantes de cada uno de ellos¹¹.

3. Milgram y el experimento de obediencia a la autoridad

“Se podía ver a los sujetos [de investigación] sudar, temblar, tartamudear, morder sus labios, lamentarse, y clavarse las uñas en su propia carne. Estas eran respuestas características de los participantes más que reacciones excepcionales al experimento”
Milgram, 1963

¿Es posible observar las condiciones bajo las cuales un individuo puede desobedecer las instrucciones de una persona en una posición de autoridad? (Reynolds, 1982, p. 26). Entre los años 1961 y 1964 el psicólogo social Stanley Milgram buscó responder esta pregunta a través de un innovador experimento de obediencia realizado en la Universidad de Yale. Los casos de gente ‘común’ obedeciendo a las exigencias de sus superiores para facilitar fines deleznable son lamentablemente muy frecuentes en la historia de la humanidad. Uno de los ejemplos más extremo de esta tendencia a obedecer incondicionalmente a la autoridad se manifestó durante el régimen nazi. Comprender la magnitud de este fenómeno llevó a Milgram al diseño y realización de este experimento siguiendo la línea argumental iniciada por Hannah Arendt en *Eichmann en Jerusalén* en re-

lación a la *banalidad del mal*: gente corriente haciendo su trabajo cualesquiera que este sea. Dice Milgram al respecto: “...desde 1933 hasta 1945 millones de personas inocentes fueron sistemáticamente masacradas en respuesta a órdenes dadas. (...) Estas políticas inhumanas [cámaras de gas, campos de concentración] se pueden haber originado en la mente de una persona pero solo se pudieron llevar adelante a una escala masiva si un número muy grande de personas obedecía a las órdenes dadas” (Milgram, 1963, p. 371).

Con estos hechos históricos en mente Milgram se propuso recrear en un ambiente controlado la situación en la que un individuo se ve compelido a hacer algo aun en contra de su voluntad en respuesta a las órdenes dadas por una autoridad. En palabras del autor:

Este artículo describe un procedimiento para el estudio en el laboratorio de la obediencia destructiva [sic]. Consiste en ordenar a un S [sujeto] ingenuo [naive] que administre un castigo cada vez más severo a una víctima en el contexto de un experimento de aprendizaje. El castigo se administra por medio de un generador de descargas con treinta interruptores graduados que van desde ‘Descarga leve’ hasta ‘Peligro: Descarga severa’. La víctima es un cómplice de E [investigador: el mismo Milgram]. (...) El procedimiento creó niveles extremos de tensión nerviosa en algunos Ss [sujetos]. La transpiración profusa, el temblor y el tartamudeo eran expresiones típicas de esta perturbación emocional. Un signo inesperado de tensión, aún por explicar, fue la aparición regular de una risa nerviosa, que en algunos Ss [sujetos] se convirtió en convulsiones incontrolables¹² (Milgram, 1963, p. 371).

Con estas palabras se introducía la primera de muchas publicaciones dedicadas a los experimentos de obediencia. En esta primera edición del experimento participaron cuarenta sujetos varones. Los resultados fueron contundentes e inesperados: veintiséis de los participantes (el 65% de ellos) aplicaron, en contra de su voluntad, la descarga eléctrica más severa indicada con la referencia de 450 voltios en respuesta a las órdenes dadas por la autoridad: el mismo Milgram.

¹¹Una versión previa y más reducida de los tres casos fue abordada en Santi (2016; 2012).

¹²“This article describes a procedure for the study of destructive obedience in the laboratory. It consists of ordering a naive S to administer increasingly more severe punishment to a victim in the context of a learning experiment. Punishment is administered by means of a shock generator with 30 graded switches ranging from Slight Shock to Danger: Severe Shock. The victim is a confederate of the E. The primary dependent variable is the maximum shock the S is willing to administer before he

refuses to continue further. 26 Ss obeyed the experimental commands fully, and administered the highest shock on the generator. 14 Ss broke off the experiment at some point after the victim protested and refused to provide further answers. The procedure created extreme levels of nervous tension in some Ss. Profuse sweating, trembling, and stuttering were typical expressions of this emotional disturbance. One unexpected sign of tension - yet to be explained - was the regular occurrence of nervous laughter, which in some Ss developed into uncontrollable seizures” (Milgram, 1963, p. 371). La traducción es mía.

Los participantes eran convocados a través de un anuncio publicado en periódicos locales:

Le pagaremos 4 dólares por una hora de su tiempo. Se necesitan personas para un estudio de la memoria. (...) Este estudio está siendo llevado a cabo en la Universidad de Yale. (...) Buscamos: obreros de fábrica, empleados municipales, barberos, hombres de negocio, etc. (Milgram, 1980, p. 27).

Los sujetos participantes tenían entre veinte y cincuenta años. En cuanto a su formación se buscó incluir personas sin educación formal hasta profesionales con nivel de doctorado (Blass, 2004, p. 76). A los sujetos se les decía que iban a ser asignados aleatoriamente a los roles de “profesores” o “estudiantes”. Lo cierto es que los verdaderos sujetos de investigación eran los que oficiaban de “profesores”. La persona que participaba como “estudiante” estaba aliado al equipo de investigación. El “investigador” era quien cumplía el rol de *autoridad* y estaba representando por Milgram, quien se daba en llamar profesor William. El “estudiante” debía recordar una serie de palabras y si fallaba el “profesor” era compelido por la autoridad a aplicarle descargas eléctricas que iban desde 15 a 450 voltios. Milgram cumpliendo el rol de la autoridad ante la negativa del “profesor” a seguir aumentando los niveles de descarga eléctrica le respondía de la siguiente manera:

“Respuesta 1: Por favor, prosiga; por favor, siga adelante.

Respuesta 2: El experimento exige que usted prosiga.

Respuesta 3: Es absolutamente esencial que usted continúe.

Respuesta 4: No hay más remedio: usted tiene que seguir” (Milgram, 1980, p. 31).

Estas respuestas eran dadas en serie y de forma progresiva: si la primera ya no funcionaba se seguía con la siguiente y así sucesivamente. Se recurría a estas respuestas cada vez que el “profesor” se veía contrariado a obedecer las órdenes del “investigador” (Santi, 2016, p. 37-38).

Este experimento se repitió en numerosas ocasiones y se incluyeron un total de 636 sujetos de investigación (Reynolds, 1982, p. 26). La mayoría de los participantes fueron varones aunque también Milgram incluyó mujeres en algunas de las repeticiones del experimento. Los resultados: alrededor del 66% del total de los sujetos participantes aplicaron las descargas eléctricas más severas siguiendo las órdenes dadas por la autoridad (Blass, 2004, p. 94).

Concluido el experimento se les informaba a los sujetos el verdadero objetivo de este y se les mostraba que las descargas eléctricas eran ficticias y se los reunía con el “estudiante” para que comprobaran que no había sufrido ningún daño *real* (Santi, 2016, p. 38).

Este estudio generó grandes debates éticos tanto en la comunidad científica como en la sociedad en general. A los pocos días de ser publicado el primer artículo sobre el experimento “*Behavioral Study of Obedience*” (1963) en el *Journal of Abnormal and Social Psychology* es comentado en una noticia del *New York Times*: “En una prueba a ciegas el sesentaicinco por ciento obedeció las órdenes de infligir daño”. Pronto noticias del experimento cruzaron el Atlántico y fueron replicadas en Inglaterra y Alemania, y luego el artículo fue republicado en numerosas antologías (Blass, 2004, p. 122).

Cuando se difunde el experimento en el Departamento de Psicología de la Universidad de Yale el foco del debate estuvo puesto en lo sorprendente de los hallazgos de Milgram más que en los cuestionamientos éticos del experimento. Era habitual en esos años que en las investigaciones de laboratorio se engañaran a los participantes. No obstante este clima reinante en el Departamento de Psicología, se presentó una queja anónima a la Asociación Psicológica Norteamericana (APA, por sus siglas en inglés) por la situación que Milgram hizo atravesar a los sujetos. Como consecuencia de esto se le retuvo a Milgram la membresía a la APA por el período de un año (Blass, 2004, p. 112).

Pronto, no obstante, empezaron a aparecer cuestionamientos éticos desde el propio ámbito académico. Entre ellos, un artículo de la psicóloga del desarrollo Diana Baumrind publicado en la revista *American Psychologist* en 1964 donde se crítica enfáticamente lo potencialmente dañino que fue el experimento para los sujetos participantes. La autora señalaba que el experimento pudo haber afectado irreparablemente la autoimagen del sujeto y/o su capacidad para confiar en las autoridades adultas en el futuro. También consideró como daño el hecho de que los sujetos eran compelidos a hacer algo que consideraban indigno por alguien en quien no tenían motivos para desconfiar de sus fines. Por último, cuestionó que los sujetos, dicho en términos actuales, no podían dejar el experimento (Blass, 2004, p. 123-124). Milgram había diseñado intencionalmente diversas estrategias para disuadirlos de irse y abandonar la investigación.

Las críticas y cuestionamientos éticos a los experimentos de Milgram nunca dejaron de emerger. El debate ético

general desde entonces giró en torno a dos cuestiones principales: los posibles daños psicológicos y emocionales de los participantes debido al estrés vivenciado durante y después del experimento y el engaño de estos. Con respecto al daño, el mismo Milgram describe con detalle que los sujetos manifestaron signos de extrema tensión: “[s]e podía ver a los sujetos sudar, temblar, tartamudear, morder sus labios, lamentarse, y clavarse las uñas en su propia carne”¹³. La cuestión de los daños a los sujetos no fue dimensionada correctamente por Milgram. Él no comprendió la magnitud de lo que había hecho con los sujetos y lo comparó con la sensación que puede tener un estudiante al reprobar un examen o ser el equivalente a clavarse las uñas en las propias manos viendo una película de Hitchcock (Blass, 2004, p. 113). Además, según Milgram el “sujeto obediente” no se culpaba a sí mismo de las descargas eléctricas infligidas en la víctima porque consideraba que el acto no se originaba en sí mismo sino en la autoridad (Milgram, 1974). Con este argumento intentaba defenderse de la acusación de daño a los participantes.

En segundo lugar, se cuestionó el engaño de los sujetos en tanto eran informados que iban a participar de una investigación sobre aprendizaje. Al omitir información central con respecto a los verdaderos fines de la investigación no se posibilitó una participación genuinamente autónoma de los sujetos. La aceptación del uso del engaño en investigación es todavía hoy en día motivo de un álgido debate¹⁴.

Milgram minimizó los efectos del engaño en los participantes, ya que consideraba que la sesión posexperimental [*debriefing*] era suficiente para despejar cualquier sentimiento de incomodidad (Santi, 2016, p. 37-38). Esta opinión descansaba en el seguimiento posexperimental que realizó a través de una encuesta para evaluar los efectos de los sujetos a largo plazo. La encuesta arrojó que solo el 1,3% de los participantes se arrepintieron de haber formado parte del experimento (Milgram, 1974, pp. 194-195). Ahora bien, los resultados de este seguimiento son puestos bajo la lupa por varias/os autoras/es en tanto era una encuesta con preguntas cerradas que se enviaba por correo postal. Mejor hubiera sido, según algunas autoras, un encuentro presencial y con preguntas abiertas que pudiera dar lugar a mayores detalles de lo acontecido para cada sujeto (Sieber y Tolich, 2013, p. 54). A continuación y en apoyo a esta idea cito uno de los pocos testimonios que existen de los participantes de los experimentos:

Me quedé allí... Estaba enojado por haber sido engañado. Me molestó toda la situación. Estaba un poco avergonzado de no haberme detenido antes, o haber visto lo que estaba pasando, y no estaba totalmente despreocupado por mi propio ritmo cardíaco. ¿Y si hubiera tenido un problema del corazón?¹⁵ (Blass, 2004, p. 116).

Al daño y al engaño se suman otros cuestionamientos éticos más. En la misma línea que Baumrind, se critica que prácticamente se obligara a los sujetos a hacer algo manifiestamente cuestionable. Señalan Sieber y Tolich al respecto:

Hay dos partes dignas a considerar en la investigación de Milgram. Engañó a sus sujetos. Y, los indujo fuertemente a comportarse en contra de lo que creían correcto. ¿Cuál de las dos fue vista como la más problemática desde un punto de vista ético? Se podría argumentar que no es el engaño *per se* lo que más molesta a la gente. Sino más bien es la poderosa inducción a hacer algo malo (junto con el engaño) lo que resulta más problemático¹⁶ (Sieber y Tolich, 2013, p. 54).

Otra cuestión ética central que se señala respecto a los experimentos es que les fue negada a los sujetos la posibilidad de retirarse de la investigación. Actualmente, este un aspecto ético considerado central en ética de la investigación y que se ve reflejado en numerosas guías éticas (Sieber y Tolich, 2013, p. 57). Como parte del mismo diseño de la investigación y de las diversas estrategias ideadas con este fin Milgram buscaba retener a los sujetos a pesar de sus reiteradas manifestaciones de tensión, incomodidad, desagrado y a pesar de los numerosos pedidos explícitos de retirarse.

Finalmente, un aspecto a mi entender objetable de los experimentos de Milgram, es lo que actualmente referimos como relevancia y justificación de la investigación. La tendencia del ser humano a obedecer las órdenes de una autoridad había sido probada en diversos hechos históricos como se señala al comienzo de este apartado. El mismo Milgram cita a Hannah Arendt dando cuenta de esto. ¿Qué nueva información se podría sumar a la ya existente con estos experimentos? Básicamente se ampliarían los datos acerca de las con-

¹³“Subjects were observed to sweat, tremble, stutter, bite their lips, groan, and dig their fingernails into their flesh” (Milgram, 1963, p. 375). La traducción es mía.

¹⁴Santi, 2016, p. 40 y ss.

¹⁵“I stood there. . . I was angry at having been deceived. I resented the whole situation. I was a little embarrassed at not having stopped earlier, or seen what was going on earlier, and I was not totally unconcerned about my own heart rate. What if I had had a heart problem?...” (Blass, 2004, p. 116). La traducción es mía.

¹⁶“There are two noteworthy parts to Milgram’s research. He deceived his subjects. And, he heavily induced them to behave counter to what they believed was right. Which of the two was seen as being the most ethically problematic? One might argue that it is not the deception *per se* that bothers people. Rather, it is the powerful induction to do something wrong (coupled with deception) that is troubling” (Sieber y Tolich, 2013, p. 54). La traducción es mía.

diciones exactas bajo las cuales un individuo obedece a la autoridad: ciertas frases eran más eficaces para que los “profesores” obedecieran, la lejanía del “estudiante” respecto del “profesor” también colaboraba con la obediencia, etc. (Santi, 2016, p. 37-38). ¿Era esto suficiente para justificar el engaño de los sujetos y los riesgos a los que se los expuso? Como con el resto de las cuestiones éticas señaladas existen aún hoy en día voces a favor y contra de estos experimentos y su justificación ética. Como señala Blass, su historiador, la psicología y especialmente la psicología social mantiene una relación de amor odio con Milgram (Blass, 2004, p. 259).

Por último, es interesante señalar dos cuestiones más sobre este experimento y sobre Milgram. Él y su equipo solicitaron a los participantes la firma de una suerte de consentimiento informado aunque con información falsa respecto al verdadero objetivo del experimento y a las condiciones en el que este se iba a desarrollar (Reynolds, 1982, p. 24). Por otro lado, y como se señalaba, hizo un seguimiento posexperimental de los participantes que denominó en inglés *debriefing*. Según algunos autores es el primer seguimiento de este tipo para corroborar que no hubiera ningún daño o efecto adverso duradero en los participantes (Levine y Skedsvold, 2008, p. 338).

Actualmente continúan surgiendo detractores y seguidores de este experimento. Y sorprendentemente continúa recreándose una y otra vez aunque con algunas variantes respecto al formato original (Blass, 2004, p. 310-311; Kimmel, 2007, p. 69-70). El experimento fue repetido por otros autores nueve veces más en Norteamérica entre los años 1967 y 1976. También se replicó el experimento en ocho países diferentes entre ellos: Italia, Sudáfrica, Alemania, Jordania, Australia, Austria, España e India. Los resultados a los que arribaron fueron similares, con un porcentaje promedio de 66% de obediencia (Blass, 2004, p. 311). En 2009 un psicólogo clínico británico replicó el experimento para un documental de la *British Broadcasting Corporation* (BBC). En esta variante ante la insistencia del sujeto se le permitía retirarse del experimento (Sieber y Tolich, 2013, p. 57). A pesar de todas las críticas recibidas Milgram siguió defendiendo sus experimentos de obediencia a la autoridad durante toda su vida.

4. Humphreys y el *tearoom trade*

“Creo que el interés principal de un científico consiste en prevenir un daño a las personas que entrevista. Sin embargo, no creo que estemos protegiendo a una población acosada [harassed] de desviados [sic] por rehusarnos a observarlos”¹⁷ Humphreys, 2009.

El *tearoom*¹⁸ *trade* fue una de las más debatidas investigaciones sociales por la forma en la que se llevó a cabo además de por los temas indagados en ella. Fue realizada por Laud Humphreys como parte de sus estudios de posgrado entre los años 1965 y 1968 y publicada en su libro *Tearoom trade. Impersonal sex in public places* (1970). Humphreys ejerció como párroco episcopal durante diez años antes dedicarse a sus estudios de doctorado en la Universidad de Washington en Saint Louis en Norteamérica (Sieber y Tolich, 2013, p. 67). Como parte de su labor de párroco se familiarizó con la comunidad homosexual y con los acosos y discriminaciones que sufría en ese entonces donde las prácticas homosexuales eran consideradas un delito además de moralmente cuestionables. Su asesor de tesis, no obstante, le recomendó que no estudiara la comunidad homosexual en sí misma, ya otros investigadores se dedicaban a ello. Le propuso en cambio que indagara en una subcultura de esta, específicamente un fenómeno particular de interacción humana escasamente investigado: los encuentros sexuales impersonales entre varones en lugares públicos: baños de parques, autos, etc. (Humphreys, 2009, p. 2). Humphreys en su libro reproduce aquel diálogo:

Pero, ¿adónde va el tipo promedio que solo quiere conseguir sexo oral? Ahí es donde debes hacer tu investigación” [dice su asesor de tesis]. Sospeché que la respuesta era “va a los *tearooms*”, pero esto era poco más que una corazonada. Decidimos entonces que esta área de comportamiento desviado, encubierto y tangencial a la subcultura [homosexual] era lo que necesitaba ser estudiado”¹⁹ (Humphreys, 2009, p. 16).

Luego de imbuirse en este novedoso fenómeno se propuso estudiarlo a través de la observación *directa* de los *tearooms*: esto es los lugares donde los varones de todas las características raciales, sociales, educativas y físicas se reúnen para tener encuentros sexuales fugaces y anónimos (Humphreys, 2009, p. 13; Schrag, 2010, p.

¹⁷“I believe that preventing harm to his respondents should be the primary interest of the scientist. We are not, however, protecting a harassed [sic] population of deviants by refusing to look at them” (Humphreys, 2009, p. 169). La traducción es mía. Énfasis del autor.

¹⁸Humphreys señala que el origen de esta palabra es desconocido. Se cree al interior de la comunidad homosexual y en jerga británica que *tea* denota la orina. Otra opción refiere al verbo engancharse, encontrarse con. (Humphreys, 2009, p. 2)

¹⁹“But where does the average guy go just to get a blow job? That’s where you should do your research.” I suspected that the answer was “to the tearooms,” but this was little more than a hunch. We decided that this area of covert deviant behavior, tangential to the subculture, was one that needed study” (Humphreys, 2009, p. 16). La traducción es mía.

21). La investigación estuvo dividida en dos partes: para la primera parte utilizó como estrategia metodológica la observación participante y para la segunda realizó encuestas (Humphreys, 2009, p. 23). En ninguno de las dos partes de la investigación, como se analizará en las próximas páginas, reveló completamente su identidad de sociólogo a sus participantes.

El lugar elegido para realizar su investigación fueron los baños públicos de un parque en Saint Louis, donde presencié cientos de encuentros sexuales entre varones (principalmente sexo oral). Para ello, no revelaba su identidad de sociólogo sino que simulaba ser un participante más, específicamente una “*watch queen*”, esto es, la persona que observa los actos sexuales, el voyeur, pero sin participar activamente en ellos a cambio de vigilar si se aproxima algún extraño (Santi, 2016, p. 41; Kimmel, 2007, pp. 17-18). Con el propósito de conocer más acerca de los varones que había observado entrevistó a doce de ellos, a quienes denominó la “docena intensiva” [*the intensive dozen*]. Estos varones eran quienes se mostraban más propensos a entablar un diálogo acerca de estos encuentros sexuales. ¿Quiénes estaban más dispuestos a hablar abiertamente sobre estos encuentros? Las personas con mayor formación y estudios. Humphreys anticipando posibles sesgos, y con el objetivo de tener una muestra más representativa de los varones que frecuentaban los *tearooms*, tomó nota de las patentes de ciento treinta y cuatro autos de las personas que habían asistido a los *tearooms* para luego hacerles una encuesta sin revelar su identidad de sociólogo. A través de un “amigable agente de policía” consiguió los nombres, marca y año de los autos y obtuvo la dirección de sus hogares a través de la guía telefónica local así como también información sobre su estado marital y ocupación. No le informó al policía del verdadero objeto de su investigación: solo le dijo que estaba haciendo una “investigación de mercado” (Humphreys, 2009, p. 38).

Un año después de las observaciones realizadas y habiendo cambiado deliberadamente su aspecto y su automóvil, Humphreys se presentó en la casa de estos varones alegando ser un investigador que estaba realizando una encuesta (Santi, 2016, p. 42). A través de un colega logró que los varones de su muestra fueran incluidos en una encuesta real que estaba teniendo lugar en la zona donde él había realizado sus observaciones (Humphreys, 2009, p. 41-42). Se presentó en sus casas y sin revelar quién era y qué había observado en los *tearooms* interrogó a estos varones acerca de una variedad de temas como: matrimonio, familia, trabajo, vida social e incluso vida sexual (Schrag, 2010, p. 21).

Una de las conclusiones a las que llegó Humphreys con esta investigación es que la mayor parte de los varones observados en los *tearooms* eran personas con vidas heterosexuales *normales* y no se consideraban a sí mismos como homosexuales o bisexuales (Kimmel, 2007, p. 17; Santi, 2016, p. 42). Como fruto de esta investigación Humphreys introdujo la distinción entre prácticas homosexuales e identidad homosexual. En estos casos, mayoritariamente lo primero era lo que tenía lugar (Humphreys, 2009, p. 11).

Esta investigación permitió comprender una conducta muy estigmatizada y reducir estereotipos acerca de la homosexualidad y distinguirla de las *prácticas homosexuales*²⁰. Fue celebrada en la comunidad homosexual por estas razones lo mismo entre muchas/os científicas/os sociales. Humphreys fue galardonado con el prestigioso premio anual Charles Wright Award por ella.

No obstante, generó un gran debate acerca de numerosas cuestiones éticas tanto en el ámbito académico como en el público en general: la admisibilidad de la observación encubierta, la invasión de la privacidad, el uso del engaño, la ausencia de consentimiento informado (dicho en términos actuales), y los posibles daños que una investigación de este tipo podía acarrear a las personas participantes si su identidad fuera revelada (Santi, 2012, p. 394). El riesgo de daño era significativo teniendo en cuenta que no solo se trataba de una conducta controvertida moralmente sino también ilegal. Si los datos de las personas trascendían su vida toda podía verse comprometida: familiar, laboral y además de esto quedar estigmatizado y complicado legalmente e incluso ir preso. Se cuestionó la estrategia general que utilizó Humphreys para obtener información (Kimmel, 2007, p. 17) y los límites de la observación, ya que si bien el lugar que usaba como marco de la observación era público el comportamiento analizado era privado e incluso íntimo²¹. Seguir a los varones, tomar nota de las patentes de sus autos, conseguir sus datos personales engañando a un agente de policía y luego entrevistar a los varones en sus propias casas fue uno de los puntos más críticos de su investigación que incluso llevó a que el FBI (*Federal Bureau of Investigation* por sus siglas en inglés) le creara un archivo (Sieber y Tolich, 2013, p. 69).

En el ámbito público uno de sus mayores críticos fue el periodista Nicholas von Hoffman del *Washington Post* quien en 1970 publicó un artículo cuestionando fuertemente su investigación: “Los espías sociológicos” [*The Sociological Snoopers*]:

²⁰Levine y Skedsvold señalan, no obstante, que es motivo de debate que esta investigación haya realmente colaborado en reducir estereotipos vinculados a la homosexualidad. Ver Levine y Skedsvold, 2008, p. 338 y ss

²¹Ver Macklin, 2002, p. 72-74 para un análisis crítico de la observación participante.

Estamos tan preocupados por defender nuestra privacidad contra los investigadores de seguros (...), los detectives de divorcio y verificadores de crédito, que pasamos por alto a los científicos sociales quienes detrás de las persianas también están espiando en lo que creíamos eran nuestras vidas más privadas y secretas. Pero ellos están ahí, estudiándonos, tomando notas, conociéndonos²² (von Hoffman, 2009, p. 177).

La crítica de von Hoffman no solo apuntaba a la investigación encubierta sino que cuestionaba el tema investigado desde una perspectiva moralizante e incluso homofóbica. La primera crítica coincide con la de muchas/os autores y tiene algún asidero. En cambio, la segunda se basa en prejuicios de género y salvo en círculos conservadores no ha tenido mayor repercusión.

En el ámbito académico uno de los críticos más agudos fue Donald Warwick²³ quien cuestionó que se engañara a las personas participantes, se los manipulara, se utilizara sus casos con fines propios (los estudios de doctorado de Humphreys) creando ansiedad entre ellos sabiendo que podían ser descubiertos en cualquier momento. Dice Warwick: “[l]os hombre del *tearoom* después de todo no *pedían* ser estudiados o ayudados”²⁴ (Warwick, 2009, p. 205). Incluso cuestionó que haya sido merecedor del premio anual Charles Wright Mills. Las investigaciones de este reconocido sociólogo, señala Warwick, resultaron desafiantes y ofensivas para los políticos conservadores por los temas abordados y las conclusiones a las que arribó pero siempre fueron llevadas a cabo abiertamente, no de forma encubierta ni manipulando o explotando gente (Warwick, 2009, p. 209).

Llegamos, entonces, a la pregunta más básica de todas sobre la investigación de Humphreys: *¿debería haberla hecho?* El propio autor pregunta: ¿hay, quizás, algún área del comportamiento humano que no sea apta para el estudio de las ciencias sociales en absoluto? ¿Deberían omitirse del catálogo de posibles campos de investigación

social el sexo, la religión, el suicidio u otras preocupaciones socialmente sensibles? La mayoría de nosotros provenientes del ámbito de las ciencias sociales responderíamos que no, pero estas *son las preguntas equivocadas*. La verdadera cuestión que está en juego no es si se debe estudiar la homosexualidad masculina o cualquier otro tema, sino *si los métodos utilizados están éticamente justificados*²⁵. (Warwick, 2009, p. 209-210).

Algunas de las críticas recibidas por el *tearoom trade* fueron aceptadas por el mismo Humphreys. En la edición ampliada del libro reflexiona al respecto y dedica una buena porción de este a los aspectos éticos de su investigación reproduciendo a sus principales críticos como von Hoffman y Warwick, así como a algunos de sus defensores. Allí señala Humphreys que sigue considerando éticamente aceptable la observación en lugares públicos pero que ahora enseña a sus estudiantes a entrevistar a las personas que así lo deseen con toda la información disponible. Y agrega que si repitiera la investigación dedicaría todo el tiempo necesario para aumentar su “docena intensiva”, esto es las personas que desean ser entrevistadas (Humphreys, 2009, p. 231). Reconoce también el riesgo al que expuso a estos varones al rastrear sus patentes y entrevistarlos en sus hogares.

En el momento, aunque preocupado y cauteloso acerca de mis estrategias de investigación (...) Consideraba que estaba entrevistando a los sujetos de la forma menos inquietante y menos peligrosa posible. Ahora creo que mi razonamiento estuvo equivocado y que mis entrevistados fueron colocados en mayor peligro que el que parecía plausible en ese momento²⁶ (Humphreys, 2009, p. 230).

Por último, es de destacar que la investigación de Humphreys fue planeada en conjunto con su comité de tesis, conformado por varios sociólogos, uno de los cuales había publicado artículos sobre ética de la investigación (Schrag, 2010, p. 23). Esto deja entrever que en aquellos momentos no eran claros los requisitos éticos

²²“We’re so preoccupied with defending our privacy against insurance investigators, (...), divorce detectives and credit checkers, that we overlook the social scientists behind the hunting blinds who’re also peeping into what we thought were our most private and secret lives. But they are there, studying us, taking notes, getting to know us...” (von Hoffman, 2009, p. 177).

²³Las principales críticas fueron publicadas en un artículo de 1973 en *The Hastings Center Studies, Institute of Society, Ethics and the Life Sciences*, Vol. 1, No. 1 (1973). En la edición ampliada de *Impersonal sex in public places* Humphreys dedica un capítulo al análisis de las cuestiones éticas y compila los artículos de sus mayores críticos y defensores también. Ver especialmente pp. 167-232.

²⁴“The men in the tearoom did not, after all, ask to be studied or helped”. (Warwick, 2009, p. 205). La traducción es mía. Énfasis del autor.

²⁵“We come, then, to the most basic question of all about Humphreys’ study: should he have done it? The author himself asks: Are there, perhaps, some áreas human behavior that are not fit for of social scientific study at all? Should sex, religion, suicide, or other socially sensitive concerns be omitted from the catalogue of possible fields of social research? Most of us in the social sciences would answer no, but these are the wrong questions. The real issue at stake is not whether male homosexuality or any other subject should be studied, but whether the methods used are ethically justified” (Warwick, 2009, pp. 209-210). La traducción es mía. Énfasis añadido.

²⁶“At the time, although troubled and cautious about my research strategies, (...) It seemed that I was interviewing subjects in the least disturbing and least dangerous manner possible. I now think my reasoning was faulty and that my respondents were placed in greater danger than seemed plausible at the time” (Humphreys, 2009, p. 230). La traducción es mía.

que debían cumplir las investigaciones sociales. Como señala Schrag, desde que este caso fue divulgado ha sido utilizado para argumentar a favor de la evaluación ética de las investigaciones sociales por parte de un comité (Schrag, 2010, p. 22; Santi, 2016, p. 43).

5. Zimbardo y el experimento de la prisión

“A menos de 36 horas de iniciado el experimento, el prisionero #8612 empezó a sufrir un trastorno emocional agudo, presentaba razonamiento ilógico, llanto incontrolable y ataques de ira. Pese a todo, como ya habíamos llegado a pensar casi como autoridades penitenciarias [dice Zimbardo], creímos que intentaba engañarnos para que lo liberásemos”²⁷ Zimbardo.

El tercer caso controvertido éticamente fue el experimento de la prisión del psicólogo social Philip Zimbardo realizado en la Universidad de Stanford en el año 1971 y conocido como *The Stanford Prison Experiment* (SPE por sus siglas en inglés). El experimento, junto con una extensa reflexión en torno al interrogante que lo motivó a hacerlo, fue publicado en 2007 en el libro *The Lucifer Effect. Understanding How Good People Turn Evil* casi cuarenta años después.

El propósito de la investigación era el estudio psicológico de las circunstancias reales de la vida en prisión y los efectos de los roles sociales impuestos en la conducta de las personas. Con este fin se creó una prisión simulada [*“The Stanford County Prison”*] en el sótano del Departamento de Psicología. La prisión estaba equipada de celdas con barrotes de hierro, una sala de confinamiento y un espacio de recreación, entre otras facilidades (Kimmel, 2007, p. 104-105; Santi, 2016, p. 44).

En palabras Zimbardo el investigador principal:

[...] Se asignó aleatoriamente a estudiantes universitarios normales, sanos e inteligentes para representar los roles de guardias o prisioneros en un entorno carcelario simulado de manera realista, donde vivirían y trabajarían durante varias semanas. (...) Queríamos entender algunas de las dinámicas que operan

en la psicología del encarcelamiento. ¿Cómo se adapta la gente común a un entorno institucional de este tipo? ¿Cómo la diferenciación de poder entre guardias y prisioneros se manifiesta en sus interacciones diarias? Si pones buenas personas en un lugar malo, ¿las personas triunfan o el lugar logra corromperlos? La violencia que es endémica en la mayoría de las prisiones reales ¿estaría ausente en una prisión llena de buenos muchachos de clase media?²⁸ (Zimbardo, 2007, p. 20).

Con este fin se convocaron voluntarios entre la comunidad universitaria para desempeñar los roles de guardias y prisioneros mediante la publicación de un aviso clasificado en un diario. El experimento estaba dirigido exclusivamente a la población masculina:

Se buscan estudiantes universitarios de sexo masculino para un estudio psicológico de la vida en prisión. U\$S 15 por día por 1-2 semanas, empezando el 14 de agosto. Para presentar las solicitudes y para más información acercarse a la oficina 248, Jordan Hall, Stanford U.²⁹

Se seleccionaron veinticuatro jóvenes que fueron asignados aleatoriamente a los roles de prisioneros y guardias. Once de ellos fueron designados al rol de *prisioneros* y diez al rol de *guardias*. Los restantes oficiaban de suplentes. A los participantes se les hicieron chequeos y análisis para descartar patologías previas y constatar que todos tuvieran una buena salud física y mental antes de ingresar a la “prisión” (Zimbardo, 2007, p. 226). Y se les informó que iban a cumplir los roles asignados durante dos semanas. El experimento fue aprobado por el comité de ética [*Human Subjects Review Committee*³⁰] del Departamento de Psicología de la Universidad de Stanford y todos los participantes firmaron un consentimiento informado³¹ con generalidades sobre aquello que iba a tener lugar en la *Stanford County Prison*. En el documento del consentimiento se informaba acerca de la pérdida de la privacidad y se establecía que solo podían retirarse del experimento por cuestiones de salud y con la autorización de los consultores médicos del proyecto o mediante la autorización del investigador principal: Zimbardo.

²⁷“Less than 36 hours into the experiment, Prisoner #8612 began suffering from acute emotional disturbance, disorganized thinking, uncontrollable crying, and rage. In spite of all of this, we had already come to think so much like prison authorities that we thought he was trying to “con” us – to fool us into releasing him”. Zimbardo. Fragmento extraído de: <https://www.prisonexp.org/> [último acceso: 9 de septiembre de 2022]. La traducción es mía. Este sitio Web recoge información, videos y fotos del experimento de la prisión. El sitio fue creado por el mismo Philip Zimbardo.

²⁸... [R]andomly assigned normal, healthy, intelligent college students to enact the roles of either guards or prisoners in a realistically simulated prison setting where they were to live and work for several weeks. (...) wanted to understand some of the dynamics operating in the psychology of imprisonment. How do ordinary people adapt to such an institutional

setting? How do the power differentials between guards and prisoners play out in their daily interactions? If you put good people in a bad place, do the people triumph or does the place corrupt them? Would the violence that is endemic to most real prisons be absent in a prison filled with good middle-class boys? (Zimbardo, 2007, p. 20).

²⁹“Male college students needed for psychological study of prison life. \$15 per day for 1-2 weeks beginning Aug. 14. For further information and applications, come to Room 248, Jordan Hall, Stanford U.”. Citado en Kimmel (2007, p. 218). La traducción es mía.

³⁰Una copia del dictamen del comité puede verse en este link: <http://pdf.prisonexp.org/humansubjects.pdf> [último acceso, 9 de septiembre de 2022].

³¹Disponible en: <http://pdf.prisonexp.org/consent.pdf> [último acceso, 9 de septiembre de 2022].

Con el objetivo de recrear literalmente la vida en prisión se buscó reproducir todos los pormenores de esta experiencia: desde la sorpresiva y humillante situación de un arresto, hasta los sentimientos de desasosiego usualmente vivenciados por los prisioneros. El *role-playing* fue llevado a tal extremo que incluso los “prisioneros” fueron arrestados en sus hogares sin previo aviso un domingo a la mañana (Santi, 2016, p. 45). Los esposaron, vendaron sus ojos y fueron llevados por los “guardias” en una patrulla de policía, como si se tratara de un arresto real. A continuación el relato de todo el proceso en palabras de Zimbardo:

Se consultó al asesor legal de la Universidad de Stanford, se redactó una declaración formal de «consentimiento informado» y se nos informó sobre los requisitos de trabajo, seguridad y seguro que teníamos que cumplir para que pudieran aprobar el experimento. La declaración de «consentimiento informado» firmada por cada participante especificaba que durante el experimento habría una invasión de su privacidad; los prisioneros solo tendrían una dieta mínimamente adecuada, perderían algunos de sus derechos civiles y sufrirían hostigamiento. (...) Aparte de que los sujetos fueran detenidos por la policía, no hubo engaño a los participantes. Además, tanto mi personal como yo les recordamos repetidamente a los guardias de no abusar físicamente de los prisioneros, individual o colectivamente. Sin embargo, no extendimos el mandato para restringir el abuso psicológico” (Zimbardo, 2007, p. 236).

A los guardias se les impusieron limitaciones claras con respecto a su comportamiento: no se les permitía dañar físicamente a los prisioneros. No obstante esto, no se estableció ninguna restricción para los usuales comportamientos de los guardias en las prisiones reales y sus tendencias a “intimidar psicológicamente, degradar, o humillar sexualmente a los prisioneros” (Sieber y Tolich, 2013, p. 60).

Respecto a reproducir la experiencia de la vida en prisión el mismo Zimbardo señala:

Los prisioneros varones reales no llevan vestidos, pero sí se sienten humillados y afeminados. Nuestro objetivo era producir efectos similares de una forma rápida, haciéndoles llevar un vestido sin ropa in-

terior. De hecho, tan pronto como algunos de los reclusos vistieron este uniforme empezaron a caminar, sentarse y comportarse de manera diferente -más como una mujer que como un hombre³².

La duración del experimento estaba estipulada en dos semanas pero fue finalizado prematuramente a los seis días debido a “...los efectos psicológicos extremos vivenciados por varios participantes” (Kimmel, 2007, p. 104). En el primer día de iniciado el experimento los jóvenes que oficiaban de guardias comenzaron a tener conductas sádicas con los prisioneros, y en el transcurso de los días varios de estos manifestaron estados de grave estrés y depresión (Santi, 2016, p. 45)³³. Los guardias no podían infligirles daños físicos a los prisioneros pero se dedicaron creativamente a humillarlos sexualmente, intimidarlos y degradarlos (Sieber y Tolich, 2013, p. 60). Así también a molestarlos y acosarlos de numerosas formas: despertándolos sucesivas veces en la noche, restringiéndoles la comida, el acceso al baño, exigiéndoles que se desnudaran -entre otras cuestiones.

Mientras tanto Zimbardo y sus investigadores asociados estaban tan compenetrados presenciando lo que allí sucedía que ni siquiera consideraban la posibilidad de concluir el experimento e incluso se resistían a dejar ir a los prisioneros que manifestaban claros indicios de estrés como el prisionero Doug #8612 referido en el epígrafe.

Fue Christina Maslach, en su momento pareja y actual esposa de Zimbardo, quien propició la finalización del experimento. Maslach había recibido recientemente su doctorado en psicología social y previamente había sido auxiliar docente y asistente de investigación de Zimbardo. Había aceptado colaborar en este experimento solo para hacer unas entrevistas porque se disponía a tomar su nuevo cargo docente en California en la Universidad de Berkeley. No había presenciado a diario lo que sucedía en la “prisión” y, por tanto, tenía una perspectiva desapegada y particularmente crítica del experimento. Luego de unos días de iniciado el experimento Maslach se dirigió al sótano del Departamento de Psicología, a la “prisión”, para realizar a pedido de Zimbardo las entrevistas y se encontró con un panorama terrible. En ese momento los guardias llevaban a los prisioneros en procesión a los baños: tenían sus pies encadenados, bolsas de papel en sus cabezas cubriéndolas por completo, caminaban alineados en filas con sus brazos extendidos, tocando el hombro de sus compañeros (Sieber y Tolich, 2013, p. 64). Así se les conducía al baño, algo que había llegado a ser casi un privilegio. Además de esto, había compartido una charla con

³²“Real male prisoners don’t wear dresses, but real male prisoners do feel humiliated and do feel emasculated. Our goal was to produce similar effects quickly by putting men in a dress without any underclothes. Indeed, as soon as some of our prisoners were put in these uniforms they began to walk and to sit differently, and to hold them-

selves differently – more like a woman than like a man”. Zimbardo. Fragmento extraído de: <http://www.prisonexp.org/psychology/10> [último acceso: 8 de septiembre de 2022]. La traducción es mía.

³³Más información en: <http://www.prisonexp.org/> [último acceso: 8 de septiembre de 2022].

uno de los guardias, un agradable joven, en la sala que estos tenían para descanso minutos previos a que este ingresara a su turno. Este guardia había sido apodado “John Wayne” por la brutalidad y lo ingenioso de los castigos que imponía a los prisioneros. Al ingresar el guardia a su turno ella vio cómo se transformaba de ese joven agradable a un ser malvado y violento.

Ahí fue cuando Maslach increpó a Zimbardo y lo instó a que concluyera el experimento: “¿qué le estás haciendo a estos chicos” le decía terriblemente afectada por lo que había visto. Zimbardo y sus asistentes cuestionaron su crítica argumentando que estaban presenciando algo único nunca antes visto e incluso pusieron en duda sus habilidades como futura investigadora en psicología social. La situación era tan perturbadora que a ella nada le importó y decidió irse (Zimbardo, 2007, p. 163 y ss.). Relata Zimbardo:

Estaba furiosa. No le importaba si todos en el mundo pensaban que lo que estaban haciendo estaba bien. Simplemente no era correcto. Los chicos estaban sufriendo. Como investigador principal fui personalmente responsable de su sufrimiento. No eran prisioneros, ni sujetos de experimentación, sino chicos, jóvenes, que estaban siendo deshumanizados y humillados por otros jóvenes que habían perdido su brújula moral en esta situación³⁴ (Zimbardo, 2007, p. 170).

Poco tiempo de transcurrido este episodio Zimbardo puso fin al experimento. Los guardias estaban enojados y decepcionados de que terminara (Zimbardo, 2007, p. 169). Los prisioneros profundamente aliviados. Una vez finalizado el experimento se realizaron entrevistas individuales y grupales con los participantes para corroborar que no hubiera ningún daño duradero. Este seguimiento se repitió durante varios años con gran parte de ellos. El contacto de Zimbardo y equipo con varios de los participantes se extendió durante años. Muchos de los “prisioneros” y “guardias” participaron de entrevistas y eventos mediáticos vinculados al experimento.

Esta investigación fue muy criticada principalmente por exponer a los participantes a daños físicos, psíquicos y emocionales de considerable magnitud. Una de las principales cuestiones éticas fue el conflicto de interés por el que estuvo atravesado todo el experimento: Zimbardo oficiaba de investigador principal y superintendente de la prisión al mismo tiempo. Tanto el comité de ética como Zimbardo y equipo no vieron que no eran dos sujetos de investigación -guardias y prisione-

ros- sino que había un tercero: superintendente de la prisión (Sieber y Tolich, 2013, p. 62). La preocupación de Zimbardo por los participantes y su bienestar fue avallada por su fascinación con el experimento y lo excepcional y sorprendente de lo que allí sucedía: que en solo cuestión de días quienes oficiaban de guardias se transformaron de jóvenes estudiantes universitarios a verdaderos guardias cuyo comportamiento era más que cuestionable.

Otra cuestión ética central fue que se les negó o dilató en la práctica la posibilidad de retirarse del experimento. Si bien existía esta opción tanto Zimbardo como su equipo demoraban esta posibilidad. Incluso en el consentimiento informado solo se establecía que se les permitía esta opción por cuestiones de salud que debían ser corroboradas por el equipo de investigación y sus colaboradores.

En relación con esto, otro aspecto ético criticable estriba en no dar por terminado el experimento antes cuando varios de los participantes manifestaron estados de estrés extremo. La afectación y sufrimiento psíquico y emocional eran manifiestos y más aún ante la mirada experta de profesionales dedicados a la psicología. No obstante esto, tanto Zimbardo como sus asociados se resistían a concluir el experimento anticipadamente.

A diferencia de los otros casos aquí no hubo engaño como parte del diseño central de la investigación salvo el arresto de los prisioneros que se realizó en los domicilios que no fue informado con anterioridad; y la tergiversación de la información que se les dio a los padres el día de visita haciendo ver que los jóvenes se encontraban mejor de lo que realmente estaban.

A los participantes se les solicitó la firma de un consentimiento informado previamente pero además de las generalidades señaladas en él se intentaba desligar de responsabilidad a los investigadores en caso de que surgiera algún inconveniente.

Desde un punto de vista ético-metodológico se cuestionó la validez de los resultados obtenidos debido a las diferencias entre una prisión real y una simulada (Kimmel, 2007, p. 105).

Zimbardo en su libro reconoce abiertamente los aspectos éticos cuestionables de su experimento señalados previamente: daño, engaño parcial, manipulación de los padres, conflicto de interés y sin posibilidad de retiro de la investigación (Zimbardo, 2007, pp. 233-235). El mismo

³⁴“She was furious. She didn’t care if everyone in the world thought that what I was doing was okay. It was simply wrong. Boys were suffering. As principal investigator, I was personally responsible for their suffering. They were not prisoners, not experimental subjects,

but boys, young men, who were being dehumanized and humiliated by other boys who had lost their moral compass in this situation” (Zimbardo, 2009, p. 170). La traducción es mía.

Zimbardo considera que desde cierto punto de vista el experimento no fue realizado éticamente debido a que:

Las personas sufrieron mucho más de lo que razonablemente podrían haber anticipado cuando se ofrecieron como voluntarios para un estudio académico sobre la «vida en prisión» que se estaba realizando en una prestigiosa universidad. Además, ese sufrimiento se intensificó con el tiempo y resultó en un estrés y una agitación emocional tan extremos que cinco de los jóvenes prisioneros inicialmente sanos tuvieron que ser liberados antes de tiempo. Los guardias también sufrieron al darse cuenta de lo que habían hecho protegidos en su rol y detrás de sus gafas de sol que le brindaban el anonimato necesario. Podían ver y escuchar el dolor y la humillación que estaban causando a sus compañeros de estudio que no habían hecho nada para merecer tal brutalidad. La comprensión de su innegable y excesivo abuso a los prisioneros fue mucho mayor que la angustia experimentada por los participantes en la investigación clásica de Stanley Milgram (...). [S]u sufrimiento procedía de la conciencia de lo que podrían haber hecho si los “shocks” hubieran sido reales. Por el contrario, la angustia de nuestros guardias provenía de su conciencia de que sus “shocks” a los prisioneros eran todos reales, directos y continuos³⁵ (Zimbardo, 2007, pp. 233-234).

Zimbardo solicitó una evaluación ética posexperimental a la Asociación Psicológica Norteamericana a los dos años de finalizada la investigación quien determinó que las guías éticas existentes en su momento habían sido tenidas en cuenta (Zimbardo, 2007, p. 235).

Al igual que Milgram, realizó un seguimiento de los participantes. En ellos, entre otras cuestiones, Zimbardo enfatizaba a los guardias “...que lo que habían hecho allí era un diagnóstico de la naturaleza negativa del ambiente de la prisión que habían creado para ellos y no un diagnóstico de sus personalidades”³⁶ (Zimbardo, 2007, p. 237). En esta misma línea, en el

libro *The Lucifer Effect* (2007) Zimbardo debate, además del experimento de la prisión, la posibilidad de que “buenas personas” cometan actos deleznable en respuesta al contexto en el que se encuentran. El subtítulo del libro es justamente “comprendiendo cómo la gente buena se transforma en mala”. Para él:

Los estudiantes universitarios que representaron a guardias y prisioneros en un experimento de prisión simulada realizado en la Universidad de Stanford en el verano de 1971 se reflejaron en los guardias reales y la prisión real en el Irak de 2003. No solo había visto tales eventos, también había sido responsable de crear las condiciones que permitieron que tales abusos aparecieran³⁷ (Zimbardo, 2007, p. 20).

Zimbardo hace referencia a las atrocidades cometidas por los militares con sus prisioneros en la cárcel de Abu Ghraib, entre ellas: abuso, tortura y violaciones³⁸. El experimento de la prisión se transformó en bandera de lo que el ser humano es capaz de cometer.

6. Conclusión

Las investigaciones analizadas previamente se erigieron como casos clásicos de investigación social debido a sus hallazgos, a su repercusión pública y por lo controvertido, desde un punto de vista ético, que fue el proceso de investigación de cada uno de ellos. Milgram, Humphreys y Zimbardo fueron cuestionados por su proceder en materia de ética y cuidado de los participantes ni bien se divulgaron sus investigaciones a pesar de lo incipiente de las guías y comités de ética de investigación de aquella época dedicados a analizar los aspectos éticos de las investigaciones sociales. Los tres autores han recogido algunas de las críticas que se le han realizado pero, como he mostrado en los apartados anteriores, no todas ellas.

³⁵“People suffered much more than they could have reasonably anticipated when they volunteered for an academic study of “prison life” that was being conducted at a prestigious university. Moreover, that suffering escalated over time and resulted in such extreme stress and emotional turmoil that five of the simple of initially healthy young prisoners had to be released early. The guards also suffered from the realization of what they had done under the cloak of their role and behind their anonymity-engendering sunglasses. They could see and hear the pain and humiliation they were causing to fellow students who had done nothing to deserve such brutality. Their realization of their undeniably excessive abuse of the prisoners was much greater than the distress experienced by participants in Stanley Milgram’s classic research (...) [T]he distress of our guards came from their

awareness that their “shocks” to the prisoners were all real, direct, and continual” (Zimbardo, 2007, pp. 233-234). La traducción es mía.
³⁶“what they had done was diagnostic of the negative nature of the prison situation that we had created for them and was not diagnostic of their personalities” (Zimbardo, 2007, p. 237). La traducción es mía.
³⁷“The college students role-playing guards and prisoners in a mock prison experiment conducted at Stanford University in the summer of 19 71 were mirrored in the real guards and real prison in the Iraq of 2003. Not only had I seen such events, I had been responsible for creating the conditions that allowed such abuses to flourish” (Zimbardo, 2007, p. 20). La traducción es mía.
³⁸“Me odiaba a mí mismo por los abusos cometidos en Abu Ghraib: las confesiones de un soldado estadounidense que trabajó en la polémica prisión iraquí”. Disponible en: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-44165869> [último acceso 9 de setiembre de 2022].

Los casos analizados reflejan que la consideración de los aspectos éticos de las investigaciones sociales es y sigue siendo aún motivo de debate. Blass, historiador de Milgram, reconstruye esta perspectiva:

Psicólogos y otros científicos sociales y del comportamiento no han estado de acuerdo acerca de la necesidad de una regulación por parte del gobierno. Milgram sentía que “la creación de una superestructura de control [del gobierno federal] sobre la experimentación sociopsicológica era una solución impresionante para un problema inexistente”. Hoy en día muchos psicólogos sociales concuerdan con Milgram y creen que aunque la mayoría de la investigación biomédica requiere vigilancia, la investigación científico social generalmente no lo hace³⁹ (Blass, 2004, p. 281).

Actualmente en numerosos países se avanzó en el reconocimiento y regulación de los aspectos éticos de las investigaciones sociales teniendo en cuenta que en estas investigaciones las personas participantes pueden ser dañadas y tratadas injustamente (Santi, 2016, pp. 47 y ss.). Si bien el debate continúa las evidencias y los argumentos esgrimidos en pos de esto muestran con claridad que, al menos con respecto a la posibilidad de daño a las/os participantes, son semejantes a las investigaciones biomédicas.

El desafío en investigación social, más que en otros ámbitos de investigación, es lograr este término medio entre la protección de las personas participantes y el respeto de la libertad y creatividad científicas (Sieber y Tolich, 2013, p. 47). Y atender a las cuestiones éticas de las investigaciones de las ciencias sociales pero teniendo en cuenta la riqueza de sus estrategias metodológicas y la diversidad de los campos disciplinares que las constituyen.

Bibliografía

Arras, J. D. (2017). *Methods in Bioethics*. Oxford: Oxford University Press.

Beauchamp, T. et al. (eds.) (1982). *Ethical Issues in Social Science Research*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Blass, T. (2004). *The Man who Shocked the World: The Life and Legacy of Stanley Milgram*. New York: Basic Books.

Comisión Nacional para la Protección de Sujetos Humanos de Investigación Biomédica y de Comportamiento (1979), Informe Belmont. Principios éticos y directrices para la protección de sujetos humanos de investigación. Washington D.C.

Kelman, H. (1968). *A Time to Speak*. San Francisco: Jossey-Bass.

Kimmel, A. (2007). *Ethical Issues in Behavioral Research*. Malden (Massachusetts): Blackwell Publishing.

Levine, F. J. y Skedsvold, P. R. (2008). “Behavioral and Social Science Research”. En Emanuel, E. et al. (eds.), *The Oxford Textbook of Clinical Research Ethics* (336-355), New York: Oxford University Press.

Macklin, R. (2002). “Unresolved Issues in Social Science Research”. En Lolas, F. S. y Lorenzo Agar, C. (eds.), *Interfaces Between Bioethics and the Empirical Social Sciences* (67-78), Chile: Regional Program on Bioethics OPS/OMS.

Milgram, S. (1963). “Behavioral Study of Obedience”. *Journal of Abnormal and Social Psychology* (67), pp. 371-378.

Milgram, S. (1974). *Obedience to Authority. An experimental view*. London: Tavistock.

Milgram, S. (1980). *Obediencia a la autoridad*. Bilbao: Descleé de Brouwer.

National Research Act. Disponible en: <http://history.nih.gov/research/downloads/PL93-348.pdf> [último acceso: 8 de octubre de 2022].

Reynolds, P. D. (1979). *Ethical Dilemmas and the Social Sciences Research*. San Francisco: Jossey-Bass.

³⁹“Psychologists and other behavioral and social scientists have disagreed about the need for governmental regulations. Milgram himself felt that the “erection of a superstructure of control [by the federal government] on sociopsychological experimentation is a very im-

pressive solution to a nonproblem.” Today many social psychologists agree with Milgram and believe that although most biomedical research requires vigilant oversight, social-scientific research generally does not” (Blass, 2004, p. 281). La traducción es mía.

Reynolds, P. D. (1982). *Ethics and Social Science Research*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.

Santi, M. F. (2012). “Ética e investigación social. Desafíos para Latinoamérica”. En Casado, M. y Luna, F. (Eds.). *Cuestiones de bioética en y desde Latinoamérica* (pp. 391-409). Navarra: Civitas.

Santi, M. F. (2016). *Ética de la investigación en ciencias sociales*. Ginebra: Globethics.net.

Schrag, Z. (2010). *Ethical Imperialism*. Baltimore: John Hopkins Press.

Sieber, J., (ed.) (1982a). *The Ethics of Social Research: Surveys and Experiments*. New York: Springer-Verlag.

Sieber J., (ed.) (1982b). *The Ethics of Social Research: Fieldwork, Regulation, and Publication*. New York: Springer-Verlag.

Sieber, J. y Tolich, M. (2013). *Planning Ethically Responsible Research*. Thousand Oaks California: Sage.

von Hoffman, N. (2009). “Sociological Snoopers and Journalistic Moralizers”. En Humphreys, L. *Tearoom Trade: Impersonal Sex in Public Places* (pp. 177-181). New Brunswick: AldineTransaction.

Warwick, D. (2009). “Tearoom Trade: Means and Ends in Social Research”. En Humphreys, L. *Tearoom Trade: Impersonal Sex in Public Places* (pp. 191-212). New Brunswick: AldineTransaction.

Zimbardo, P. (2007). *The Lucifer Effect. Understanding How Good People Turn Evil*. New York: Random House.